

**El libro como objeto, o de libros,  
libreros y lectores**

JOSÉ M. DÍAZ DE BUSTAMANTE  
Universidad de Santiago de Compostela



## HUMANIDADES SÍ, HUMANIDADES NO

¿Hemos de pensar en las Humanidades como en un conjunto de disciplinas vinculadas a un canon de lo clásico, y entender éste, a su vez, como lo propio de la Antigüedad grecorromana y como modelo de toda perfección? Uno de los argumentos a favor más manidos se basa en algo que aparece ya en la definición misma, véase: «las humanidades adiestran la inteligencia, disciplinan la voluntad, inspiran el amor al bien y la belleza, educan la sensibilidad, sustentan el respeto por los demás y por uno mismo»<sup>1</sup>.

Reconozcamos ante ello dos (al menos dos...) elementos poco simpáticos del proceso: un regusto elitista y un ámbito claramente «primermundista» que pueden echar atrás a más de un posible aficionado a las *humanidades*; a unas humanidades con minúscula que solamente son válidas para una parte de la Humanidad, ahora sí con mayúscula.

A la hora de valorar las muchas tradiciones culturales de las que ahora somos conscientes hemos de darnos cuenta de que los ideales de belleza, los cánones excluyentes, y las tradiciones tan familiares al mundo occidental no tienen nada en común con ellas y no pueden serle impuestas.

Si no lo remediamos, nosotros vamos a ser los últimos que podamos acceder directamente a los monumentos (no «edificio grandioso», sino «obra pública y patente... puesta en memoria de una acción heroica u otra cosa singular») de nuestro pasado cultural *en forma de libro*. Es de destacar en la definición de la Real Academia Espa-

<sup>1</sup> SESÉ ALEGRE, José María, *Las Humanidades en la Universidad del Tercer Milenio*, Piura, Universidad de Piura, 2002, p. 16.

ñola la presencia de dos términos: «pública» y «singular»; ellos solos justifican lo que debemos ser pero no hemos sabido demostrar.

## ACERCA DEL TÉRMINO ‘LIBRO’

En general por *libro* se entiende el conjunto de hojas, manuscritas o impresas, normalmente plegadas y cosidas, debidamente dispuesto para la lectura de su contenido.

De la lectura como fin del libro trataré dentro de un momento, aunque debo advertir que no creo en él como elemento decorativo del «salón-comedor», por mucho que la publicidad lo pretenda.

Según Plinio el Viejo (*nat.* 13, 11, 21, 69), antes de que se conocieran el papiro y el pergamino, los hombres escribían en la cutícula interior (*liber*) de los árboles, y del nombre de este primitivo soporte de escritura procede el término. Desde época romana se conoció esta etimología, que recoge Isidoro de Sevilla, y se aplicó a dos formatos diferentes: el volumen (de papiro) y el códice (desde el siglo V, de pergamino). Hoy es frecuente la confusión entre los términos *volumen* (cada una de las partes con encuadernación y paginación propias en que se divide una obra) y *tomo* (cada una de esas partes si tiene encuadernación propia pero paginación correlativa).

El formato típicamente grecorromano del libro era el *volumen* (de *volvere*, enrollar), que consistía en una larga tira de piezas de papiro pegadas unas a otras, sobre la que se escribía en columnas yuxtapuestas de izquierda a derecha, de modo que la mano izquierda iba envolviendo las columnas leídas según la mano derecha dejaba al descubierto nuevo texto. El volumen papiráceo tenía la ventaja de su economía y ligereza, pero el inconveniente de la fragilidad de la fibra vegetal y el desperdicio de espacio que suponía el poder utilizar una sola cara para la escritura: a ello se unía la incomodidad de tener que manejar varios volúmenes para consultar una obra extensa, porque la longitud máxima de la tira de papiro era de unos 4 metros y medio. La aparición en el Imperio Romano de obras de gran envergadura y consulta frecuente (como las primeras codificaciones del derecho) favoreció la adopción del formato *codex*, o «entramado», que había caracterizado las *tabellae* de correspondencia, aunque no sea ajeno el hecho de ser el papiro un producto importado en todo el Occidente.

El cristianismo aceleró la propagación de este formato, porque la exigencia de lectura, comentario y meditación de la Biblia provocó la multiplicación de unas copias que debían reunir ciertas condiciones: para dotarlo de la resistencia que exigía el uso constante, el códice acabó componiéndose exclusivamente de pergamino, una membrana animal curtida según técnicas de origen oriental.

## LIBRO, HUMANIDADES Y CULTURA

Hay un cierto papanatismo o, quizás, ceguera de los poderes políticos que identifica contra natura progreso y tecnología «techno-art» por una parte, y Humanidades y «Ancien Régime» por la otra. Y la realidad, muy diferente, está en saber ver que con «il latino saremo ricchi» y sin él, todo lo más, súbditos de cualquier neocolonialismo globalizador. Baste el testimonio de un periodista italiano, que reflexionaba amargamente sobre el hecho de que su programa de tratamiento de textos le hubiera corregido, sin previo aviso, en una columna periodística, «liber catullianus» en «liber catullianum» y concluye:

«Mi permetto di osservare che noi Italiani abbiamo un'energia in più e un'inclinazione particolarmente favorevole per affrontare questo «nuovo che avanza» nel pianeta globalizzato, queste tecnologie che possono essere liberatorie di straordinarie energie, ma anche rischiose concentrazioni di nuovi monopoli e modernissime forme di sfruttamento dei sempre più poveri: noi abbiamo ancora, forse, la formazione e la cultura umanistiche. Sempre se queste sopravviveranno alla sciatteria dei costumi e dei consumi culturali e ai colpi delle riforme scolastiche, a volte, queste, veri e propri fatali attentati. *Petitiones* nel latino di Cicerone (Catil. 1, 15)».

Donde el periodista Michele Mirabella pone *Italiani* nosotros podemos entender *Europeos*, si sigue siendo cierto todavía aquello de *homo sum: humani nil a me alienum puto*<sup>2</sup>.

Pero el libro es una cosa, es un objeto, tan cotidiano que con frecuencia olvidamos que, en relación con él, estamos siempre sometidos a una tensión, a una relación que puede llegar a ser violenta: el libro, en el formato que sea, manuscrito o de molde, nos llama, nos provoca a leerlo y a mantener nuestra atención; nosotros, por nuestra parte, con buenas o con malas intenciones buscamos saber cosas, procuramos sensaciones y también placer, y sabemos que el objeto que tenemos frente a nosotros puede darnos todo cuanto deseamos...

## LA ERÓTICA DEL LIBRO

Los libros son hermosos (hermoso viene de «forma») porque tienen que seducirnos, tienen que vencer nuestra pereza o nuestra desconfianza, o todo ello a la vez,

<sup>2</sup> «Ma il Latino è sconosciuto al computer», en *La Gazzetta del Mezzogiorno*, vol. 113, 91 (2 de abril de 2000), p. 1.

y por eso, ya desde el comienzo de la capacidad lectora de lo previamente consignado por escrito, se ha tenido conciencia de que el sentido de la vista tiene unas exigencias y unas posibilidades concretas que quien diseña un libro, cualquier libro, debe tener presentes y debe saber explotar: leemos de forma muy aproximativa, poco «minuciosa», y por ello necesitamos ayudas tales como páginas a más de una columna, disposición de superficies conforme a la «ley de Gregory» (carne/carne, pelo/pelo en el libro abierto) y papeles de tono natural suave y no brillante... márgenes amplios para que el ojo descansa durante el milisegundo en que pasa de una columna o una línea a la siguiente, y así hasta donde queramos llegar.

La hermosura de una edición, que hoy suponemos un lujo es, no lo olvidemos, como un testimonio de su utilidad: la legibilidad de la página colabora activamente a la transmisión de la información, y hace más confortable el proceso de la lectura; el diseño de los libros se convierte así en un factor primordial. El paso de la imprenta incunable a la moderna se dio, en muy buena medida, gracias a la inteligente adopción del formato manual en octavo y de la letra llamada «itálica» por parte de Aldo Manuzio, en la Venecia de hacia 1500.

La perfección de los primeros libros impresos muestra que la implantación de la imprenta fue gradual. En efecto, un punto intermedio entre el manuscrito y el impreso fue el libro xilográfico o de plancha de tipos tallados, conocido ya desde los años finales del siglo XIV, sobre todo para la reproducción sobre papel (y también, en menor medida, sobre pergamino o telas estampadas), de estampas e ilustraciones repetidas de costosa elaboración: es el caso de los conocidos *Speculum humanae salvationis*, *Biblia pauperum*, etc., que sin exagerar pueden ser datados en el primer tercio del siglo XV, aunque la mayor parte de los ejemplares conocidos sea de mediados de la citada centuria.

## LIBROS Y CANON DE BELLEZA

El avance definitivo lo supuso la adopción de la imprenta de tipos móviles, en la que cada página era compuesta a base de la combinación de letras talladas o fundidas en metal que se aprovechaban una y otra vez, con lo que la composición e impresión de un libro resultaban mucho más económicas que en la impresión xilográfica y tan rápidas como en ésta. A pesar de que repetidamente se renueva la polémica acerca de si fue Lorenzo Coster o Juan Gutemberg quien debe ser considerado padre de la nueva técnica, el hecho es que no es posible suponer que la invención haya sido instantánea, sino fruto de una lenta evolución: los primeros incunables no sólo reproducen el aspecto y la disposición de los manuscritos, sino que evidencian que sus impresores no eran conscientes de la revolución cultural que iba a suponer la posi-

bilidad de multiplicar las copias sin más errores que los que contuviera la plancha compuesta.

Así, la mayoría de ellos se asemeja a los manuscritos en que no suelen tener hoja de portada con el título tal como la conocemos, aunque sí cuentan con un *incipit* al modo tradicional y un colofón (ahora «pie de imprenta») en el que suelen indicarse impresor, lugar de impresión, año, financiador y circunstancias especiales, así como la constitución de los cuadernillos (que a lo largo de las obras aparecen señalados con reclamos o firmas al modo de los códices). Otra característica llamativa de los incunables es que, al menos hasta 1469 (*C. J. Caesaris Commentarii de bello gallico et de bello civili*, en Roma por Sweynheym y Pannartz), no tienen índices ni tablas y hasta 1473 (*Dialogus Malagravatum*, en Estrasburgo por Eggestein) no aparece una edición con páginas numeradas en tipos «romanos». A partir de la edición del *Psalterium* latino realizada por Fust y Schoeffer en Maguncia (1457), se harán fijas las marcas de impresor, anagramas primero, escudetes luego y auténticos emblemas al final. El hecho de que la tipografía más antigua, especialmente en el área alemana, reproduzca la letra gótica manuscrita e inmediatamente, en el área italiana, se desarrolle la letra llamada romana, inspirada en las cursivas humanísticas, no hace más que probar la interdependencia de los primeros libros impresos y los últimos manuscritos.

En los decenios inmediatamente anteriores a la publicación de las primeras impresiones de Gutenberg, la confección de libros había tomado una dirección que ya no habría de ser abandonada nunca. La época renacentista no significó solamente un renacer de la cultura humanística en toda Europa: además vio cómo la rica burguesía urbana de profesión comercial se interesaba paulatinamente por la lectura e incluso por el coleccionismo de hermosos ejemplares iluminados. Conviene recordar que el Duque de Urbino Federico de Montefeltro, gran aficionado a los libros y notable coleccionista, reaccionó temperamentalmente ante la generalización de la imprenta y, con un desprecio digno de mejor causa, tomó la decisión de no permitir la entrada en su biblioteca de ningún libro impreso<sup>3</sup>. La postura –que hoy puede parecernos excéntrica– no fue única, como lo demuestra el hecho de que los códices manuscritos más hermosos de la Historia fueron confeccionados, precisamente, cuando ya la imprenta era algo habitual.

<sup>3</sup> TRAPP, J. B. (ed.), *Manuscripts in the fifty years after the invention of printing: some papers read at a colloquium at the Warburg Institute on 12-13 March 1982*, London, The Warburg Institute, 1983. Comprende los años 1460-1510.

## HACIA UNA INDUSTRIA CULTURAL

La ampliación del ámbito social del público lector no supuso inmediatamente un cambio en la demanda de literatura, porque el muy alto precio de los códices miniados impedía ofrecer una variedad mayor, y la demanda siguió centrándose, excepto en el caso de los grandes señores coleccionistas y bibliófilos, en obras de devoción o litúrgicas: breviarios, salterios y devocionarios de formato pequeño, *libri manuales*, ligeros y económicos. Las modestamente grandes tiradas que permitía la imprenta (pensemos que, según parece, el primer impresor que superó el millar de ejemplares de tirada con cierta normalidad fue Aldo Manuzio en Venecia)<sup>4</sup> abarataron de tal manera el precio de los libros que llegaron a ser artículo «de consumo».

Y hablando de literatura de consumo, reconozcamos que los fondos de una biblioteca pueden formarse o aumentar, como es de suponer, por medios lícitos o ilícitos; en ambos medios puede haber una transacción de índole económica basada en compra, en venta o en donación; puede haber también usurpación o restitución, chantaje, soborno o, sencillamente, robo encubierto unas veces, descarado otras... Como los recientes de las láminas del Tolomeo de la Biblioteca Nacional de España.

A lo largo de la Historia se han sucedido momentos de bibliofilia y momentos de bibliofobia, revoluciones e involuciones, y los libros, físicamente inofensivos –aunque portadores inconscientes de peligros potenciales–, han llevado siempre las de perder y, en más ocasiones de las deseables, han acabado protagonizando «quemaduras» institucionales o confesionales de todo tipo y tendencia.

Los políticos no se paran nunca a pensar en menudencias como que las bibliotecas (todas, pero especialmente las universitarias) son un indicador preciso de la solera, porque son las únicas instituciones que no es posible improvisar y que, a lo largo de los años, dan más cumplida información acerca de los intereses e inquietudes de quienes han enseñado o aprendido en las aulas.

Como no se trata de hacer una relación técnica de los avatares individualizados por los que los fondos más sobresalientes de las bibliotecas universitarias españolas han llegado a reunirse, he preferido describir, sin más pretensión que la exactitud, los caminos que han ido recorriendo estos fondos, casi vivos, hasta descansar en los anaqueles. Y aquí comienza la lucha de los bibliotecarios con sus enemigos naturales: los lectores, que se empeñan en sacar los libros de su sitio y ¡¡¡leerlos!!!

Una de las diferencias más llamativas entre los centros de estudio del viejo ámbito monástico medieval y los universitarios radica en que los profesores no pretendían (como había sucedido, en cambio, durante generaciones) transmitir exclusiva

<sup>4</sup> SATUÉ, E., *El diseño de libros del pasado, del presente y tal vez del futuro. La huella de Aldo Manuzio*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998.



o fundamentalmente los conocimientos de las generaciones pasadas y evitar que se perdieran los escritos más importantes para la vida religiosa; en honor de la verdad, esta postura favoreció, y a veces hizo posible, la pervivencia de la cultura antigua, pero siempre al margen de la literatura religiosa o devota. No se trataba de conservar –a ciegas en multitud de ocasiones– unos saberes antiguos sino que, en los dos últimos siglos de la Edad Media, se amplió el campo de los conocimientos a causa de la inquietud intelectual y del deseo de profundizar en las investigaciones, como consecuencia de la resurrección de los estudios sobre el derecho romano, del descubrimiento de la ciencia árabe y de la filosofía aristotélica, del paulatino enriquecimiento de la naciente clase burguesa y del subsiguiente aumento de los claustros universitarios.

## LIBROS Y NEGOCIO EDITORIAL

No se puede olvidar que, hasta mediados del siglo XV, no hubo en Europa la posibilidad de copia múltiple de libros más que al dictado (sistema empleado ya en la Roma antigua, y que en la Edad Media podía ser tanto real, frase a frase, como memorístico, por grandes bloques de texto que se memorizaban y copiaban repetidas veces sin necesidad de dictado, como acontecía con las *peciae*). De esta manera, un libro suponía la presencia de otro, el *exemplar* que se empleaba como modelo; este proceso justifica la noción de parentesco casi genético entre libros, y explica la vitalidad del intercambio de modelos y copias entre monasterios durante la Edad Media. El afán por obtener determinados *exemplaria* provocó pleitos y largos contenciosos, pero también favoreció viajes de estudios y largas peregrinaciones, como la descrita en la *Crónica Mozárabe de 754* para narrar la búsqueda en Roma de códices de Gregorio Magno<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Vid. *Chronica Muzarabica a. 754* § 23 (edición de J. E. LÓPEZ PEREIRA, Zaragoza, Anubar Ediciones, 1980, pp. 40-44): «Él también envía por mar con destino a Roma a Tajón, obispo de Zaragoza, hombre muy versado en educación literaria y amante de las Escrituras, para que, a petición suya, consiguiera los libros de los ‘Moralia in Job’ que aún faltaban. Como el Papa de Roma iba difiriendo el asunto de día en día dándole largas, so pretexto de que en el archivo de la iglesia Romana no podían encontrar fácilmente el libro buscado por la cantidad de volúmenes allí existentes, después de pasar la noche junto al Señor pidiendo insistentemente su misericordia ante los restos de San Pedro príncipe de los apóstoles, le fue mostrado por un ángel el estante donde estaba oculto. Tan pronto como el Papa previó que iba a ser reprendido, con mucha cortesía le ofreció los medios para copiarlo, y por él lo envió a España para que lo leyese, ya que del comentario de los libros de Job sólo les era accesible lo que San Leandro, obispo de Sevilla, se había llevado y trasladado con toda solemnidad hacía ya tiempo. Pero interrogó y obligó al obispo Tajón a decir bajo juramento cómo le había sido mostrado con tanta precisión el lugar en donde estaban aquellos libros. Al fin, después de larga porfía, le confesó alborozadamente: que una noche había pedido a los porteros de la iglesia de San Pedro Apóstol quedarse de guardia. Una vez alcanzado lo

De la estima del libro en la Alta Edad Media dan testimonio los *Versus in Bibliotheca* de Isidoro. A partir del siglo XII, la aparición de especialistas en la copia e iluminación de libros fuera de los grandes centros monásticos da idea del interés por obtener códices bellos y exactos de un público noble, e incluso burgués, más amplio que el estamento eclesiástico y característico de la incipiente cultura urbana.

En las universidades, los *stationarii* y las *peciae* que ellos alquilaban subvenían, al menos en principio, las necesidades de libros de estudio de los estudiantes. Los primeros eran una especie de comerciantes intermedios entre papeleros y libreros que alquilaban cuadernos (*peciae*) de las obras (*exemplaria*) corregidas y aprobadas por las autoridades académicas para que fueran copiados por profesionales o por los propios interesados, alumnos o profesores, obras que, en ocasiones, eran arrendadas a su vez por el claustro de las universidades a los *stationarii*, para que ellos se encargaran de la gestión sin molestia para los docentes y con aceptable rentabilidad económica. El sistema resultaba barato, pues el lector podía copiar personalmente los libros que precisaba, y, además, el carísimo pergamino de los libros más valiosos estaba siendo reemplazado por el papel, que se generalizó a fines del siglo XIII gracias a la gran demanda de material de soporte<sup>6</sup>.

que pedía, hacia media noche, mientras con gran compunción oraba de rodillas ante el sepulcro de San Pedro, una luz irradiada del cielo hizo que toda la iglesia relumbrara con un resplandor tan indescriptible que los candelabros no alumbraban lo más mínimo. Al mismo tiempo que esta luz entró una multitud de santos en medio de voces que cantaban salmos y de lámparas que derramaban luz. Quedose él sobrecogido por el terror, y más tarde, cuando aquellos concluyeron su oración, separáronse lentamente de la cohorte de santos dos ancianos vestidos de blanco que empezaron a avanzar con paso muy vacilante hacia el lugar donde él estaba entregado a la oración. Pero como le hallaran casi sin vida, saludándole dulcemente, le hicieron volver en sí. Ellos, le preguntaron por qué soportaba tan grandes fatigas y por qué hacía tan largo viaje por mar desde Occidente, y escucharon atentamente, como si no supiesen nada, tales y cuales motivos de su actuación. Finalmente, después de animarlo con una larga conversación, le mostraron el rincón exacto donde estaban ocultos los libros. Entonces, habiéndoles preguntado a aquellos santos quiénes formaban aquella multitud de bienaventurados que le acompañaban con tan brillante resplandor, le respondieron que eran Pedro, apóstol de Cristo, y Pablo, cogidos de la mano, con todos los sucesores de la Iglesia que descansaban en aquel lugar. Les preguntó, por último, quiénes eran los que sostenían con él tan admirable conversación, y uno de ellos le respondió que era Gregorio, cuyo libro precisamente deseaba leer, y que por eso habían venido para recompensar sus grandes fatigas y satisfacer con creces su extraordinario interés. Preguntándole entonces si en aquella santa multitud se encontraba el sapiente Agustín, ya que desde la misma cuna siempre había deseado ardientemente leer también sus libros, lo mismo que los de San Gregorio, se dice que aquel santo varón, el más insigne y en opinión de la gente el más agradable de todos, solamente le respondió esto: «Agustín por quien tú preguntas ocupa un lugar más elevado que el nuestro». Cuando echó a andar para inclinarse a sus pies, desapareció de su vista, al mismo tiempo que la luz, aquel santo varón, dejando asustados incluso a los porteros. Por esto y desde aquel día, en la propia sede de los apóstoles, el venerable Tajón, que antes era despreciado como un pobre hombre, alcanzó su máxima gloria».

<sup>6</sup> DÍAZ DE BUSTAMANTE, José M., «LIVRO», en LANCIANI, Giulia - TAVANI, Giuseppe (eds.), *Dicionário da Literatura Medieval Galega e Portuguesa*, Lisboa, Editorial Caminho, 1993, s.v.

## LIBROS Y UNIVERSIDAD

Los escasos libros de las bibliotecas universitarias procedían de compras que solían pagarse con el producto de algunas rentas; a veces de los beneficios derivados de la actividad de los *stationarii* universitarios, pero la mayor parte de las adquisiciones más importantes llegaron por la vía de los donativos (generalmente, legados y testamentarias) de protectores, de profesores o de antiguos alumnos. El volumen y número de los fondos universitarios superó pronto el de las bibliotecas catedráticas, pero sin grandes diferencias, y no fue notable hasta después de la difusión de la imprenta.

En casi todas ellas había dos secciones bien diferenciadas: la que podríamos llamar de consulta, con libros encadenados (*libri catenati*) en mucho mayor número que en las rancias bibliotecas catedráticas de tiempos más oscuros, y otra formada por los *libri distribuendi*, que se prestaban a los profesores e incluso a los alumnos. Para retirar un libro a veces se precisaba depositar una fianza; y en ocasiones sólo se prestaban aquellos libros de los que hubiera más de un ejemplar. Sabemos que prácticamente en todas se recordaba a los lectores que había que tratar a los libros con cuidado, y, según anécdota casi tópica, en la universidad de París (muy en su propia tradición ya) se imponía una multa a quienes dejaran un libro abierto y boca abajo; pero no nos engañemos: las normas solían ser, frecuentemente, más duras con los bibliotecarios que con los usuarios (tal vez porque el oficio de bibliotecario o, más bien, vigilante de los libros –*librorum custos*– no se consideraba importante y solía estar confiado a un profesor de baja categoría o a un estudiante)<sup>7</sup>.

Nuestras actuales bibliotecas universitarias tuvieron algunos «antepasados» comunes a la mayoría de ellas así que, aparte de mencionar en su lugar el papel de los legados y donaciones, de las adquisiciones (raras) y de las «intervenciones», puede merecer la pena dedicar algunas líneas a la génesis y desarrollo de las bibliotecas institucionales o particulares que hicieron posible, entrado casi nuestro siglo, el tipo y calidad de las bibliotecas universitarias que conocemos.

Desde los últimos años de la Baja Edad Media el escenario había ido cambiando: las ciudades no eran ya como habían sido los monasterios, una suerte de islas en lugares todo lo aislados que exigía el deseo de contemplación y reflexión, en los que la enseñanza y los libros se destinaban a los miembros de una comunidad con unas actividades reducidas a la simple supervivencia en ambiente religioso. Los alumnos de las universidades, en cambio, no limitaban sus aspiraciones al ingreso en una comunidad y ni siquiera eran todos ellos miembros de la clerecía, sino que había laicos que únicamente deseaban adquirir una cultura o unos conocimientos prácticos que les

<sup>7</sup> CAVALLO, Guglielmo (ed.), *Libri e lettori nel Medio Evo. Guida storica e critica*, Roma, Laterza, 1983.

fueran útiles en la vida real, en el desempeño de puestos en la enseñanza, en la administración o en las profesiones liberales.

## LIBRO Y HERRAMIENTA DOCENTE

La Biblioteca Xeral de la universidad de Santiago de Compostela no es excepción a esta regla y, cuando Lope de Marzoa le dio carta de naturaleza, el bienintencionado mecenas no se preocupó en exceso por la que habría de ser la «librería» de su fundación. Pero no debe extrañar esta situación, porque lo mismo sucede en casi todas las universidades de la época: el monopolio del uso y aprovisionamiento de libros seguía corriendo a cargo de los *stationarii*, perfectamente organizados como gremio celoso de sus intereses, según establecían las *Partidas* alfonsíes.

El siglo XV fue generoso en la creación de universidades nuevas que continuaron la tarea de las viejas fundaciones medievales que todos conocemos; el caso compostelano es un tanto atípico. Lo mismo que Lisboa, la escuela episcopal compostelana es medieval en su origen; es más, de su claustro salió el núcleo fundacional de profesores de lo que sería el *Studium Generale Salmanticense* y, sin embargo, esta dependencia tan estrecha de la Mitra perjudicó a la que podría haber sido la primera o, en todo caso, segunda universidad peninsular, que perduró aletargada en su ámbito episcopal hasta que Lope de Marzoa la convirtió, recreándola, en la institución que hoy conocemos (asistimos ya aquí al germen de la que habrá de ser la gran disputa entre *novatores* y escolásticos en la universidad dieciochesca española).

El nuevo tipo de estudio reposaba en la «lección», la *lectio*, la lectura efectuada por el profesor de un texto magistral, y en la consiguiente *disputatio*, en el intercambio de ideas con los alumnos mediante el diálogo, es decir, en el razonamiento dirigido. Este método fue muy del gusto de los miembros de las nuevas órdenes mendicantes, que ocuparon la mayoría de los puestos docentes universitarios.

El método de la *lectio* favoreció el desarrollo del libro y de las bibliotecas, pues los alumnos debían conocer el texto objeto de estudio (que solían tener delante en sus bancos durante la lectura del profesor); por otro lado, en las universidades, profesores y alumnos precisaban, por las razones expuestas, libros distintos de los que se habían utilizado en la enseñanza anteriormente, como sumas, repertorios de *quaestiones disputatae* y concordancias. Pero este florecimiento afectó exclusivamente a las bibliotecas de las universidades, porque las de los monasterios habían quedado casi al margen de los lugares en que se creaba la nueva cultura, y su decadencia prosiguió hasta que, por razones políticas, fueron clausurados y sus libros incautados por los correspondientes gobiernos (por ejemplo, en Francia y España con motivo de la Revolución en el siglo XVIII y de las leyes desamortizadoras del XIX, respectivamente).

En lo que a los orígenes mismos se refiere, parece muy necesario indicar que hay algunas diferencias significativas entre las bibliotecas anteriores a la invención de la imprenta y las que ya nacieron bajo su signo: por una parte, los antiguos arcones de libros, propios de las bibliotecas con códices de gran formato, merced a la aparición de la imprenta, irán dando paso a la difusión de los «cajones» o armarios en los que los libros de imprenta, de dimensiones más reducidas, se colocarán cada vez con mayor frecuencia en posición vertical.

## LIBRO Y BIBLIOTECA

Las bibliotecas solían estar divididas en dos secciones, con arreglo a los usos y normas de los tiempos: la *magna*, constituida por las obras de consulta, cuyo préstamo estaba prohibido y que en general permanecía encadenada, y la *parva*, con libros puestos a disposición de los lectores en préstamo o encomienda<sup>8</sup>.

La biblioteca de la Edad Moderna tiene todas las características de las universidades. Nacida ya con la imprenta, sus fondos reflejan los gustos, necesidades e intereses de un sector relativamente amplio de la población, relacionado en mayor o menor grado con ella: estudiantes, profesores, patronos, mecenas etc., es decir de las personas que por diversos motivos escogieron o, sencillamente, poseyeron los libros que hoy podemos poner a disposición de los lectores.

Las universidades habían ido tomando forma en la segunda parte del siglo XII y se apoyaban en el privilegio, de colación pontificia, del *ius ubique docendi*; la base de los estudios la constituían, como en las escuelas catedralicias, las artes liberales; pero ahora se establecen unos estudios superiores (sometidos, en un grado mucho mayor de lo que ordinariamente se reconoce, a la influencia de las correspondientes escuelas musulmanas) que se dividen en lo que serán las tres «facultades» clásicas: Teología, Derecho y Artes<sup>9</sup>.

Esto es importante al trazar la historia cultural de nuestras universidades, porque los fondos dicen más de quienes los constituyeron que de la institución en sí

<sup>8</sup> Sigo las líneas generales de Rizzo, Silvia, *Il lessico filologico degli Umanisti*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1973.

<sup>9</sup> SÁINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Esquema de una historia de las Universidades españolas*, Madrid, Aguilar, 1944; *Bibliographie internationale de l'histoire des universités. I: Espagne- Louvain-Copenhague- Prague*, por Rafael GIBERT, Jacques PAQUET, Svend ELLEHOJ, Frantisek KAVKA y Jan HAVRANEK, Genève, Librairie Droz, 1973; PAETOW, L.- J., *The Arts Course at Medieval Universities with Special Reference to Grammar and Rhetoric*, Urbana-Champaign (Illinois), The University of Illinois Press, 1910.

misma. Esta particularidad hace perfecto juego con la circunstancia de que los bibliotecarios o «conservadores» (a veces, solamente «cancerberos» de los libros: *librorum custodes*) de las universidades, hasta bien entrado el siglo XVII, eran, como ya he señalado, casi siempre estudiantes o funcionarios de menor categoría. Y es evidente que una biblioteca al cuidado –o descuido– de un aficionado no puede funcionar como una biblioteca al cuidado de un Magliabecchi o de un Panizzi.

A comienzos del siglo XVI se creó la biblioteca de la universidad de Alcalá y, para ambas, universidad y biblioteca, Cisneros reunió a especialistas en filología trilingüe y en temas bíblicos, y puso a su disposición una valiosa colección de manuscritos, unos comprados y otros prestados; junto a ellos entraron también en la biblioteca códices árabes que el cardenal había requisado en Granada, donde su ambición de lograr conversiones en masa de los moriscos provocó una sublevación; este exagerado celo lo impulsó también a organizar la quema de varios miles de libros árabes en la plaza de Bibarrambla. Parece ser que a las llamas se arrojaron copias del Corán y escritos coránicos, y manuscritos artísticos; pero se salvaron, en cambio, los textos de medicina, filosofía e historia; probablemente los mismos manuscritos árabes que el Cardenal regaló a la biblioteca del Colegio de San Ildefonso, germen de la universitaria. Durante los primeros años llegó al millar de volúmenes, en el siglo siguiente superó los 6000, y en el XVIII creció notablemente al agregársele la biblioteca de los jesuitas, cuando fue disuelta la Compañía<sup>10</sup>.

## LIBROS Y LIBREROS

Estas cuestiones nos llevan de la mano a plantear un asunto que, hasta que Ofelia Rey Castelao empezó a investigar sobre el negocio editorial, no había sido debidamente estudiado: el comercio de librería. Benito Rial Costas descubrió hace unos años el inventario de existencias en el establecimiento del francés Giraldo del Sol, afincado como mercader de libros y papelería (claramente un *stationarius* del XVI) en la calle de la Azabachería de Santiago de Compostela, que nos ofrece datos extraordinariamente interesantes sobre la demanda de literatura, tanto científica como de evasión, en la Compostela postrenacentista.

La Biblioteca Xeral compostelana conserva, para quienes estén interesados en estas cuestiones, variados ejemplos de censura previa (ediciones de una misma obra de las que se cuenta con ejemplares censurados y con ejemplares escapados al control

<sup>10</sup> ESCOLAR SOBRINO, Hipólito, *Historia de las bibliotecas*, Salamanca-Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1990, p. 280.

de las autoridades) y de censura inquisitorial, más estricta. Y no se crea que ésta alcanza solamente a las obras de contenido ideológico o doctrinal, porque también los libros científicos corrieron el peligro de ser censurados: algunos ejemplares de la *Naturalis historia* de Plinio el Viejo, muy en boga desde los últimos años del siglo XV (la edición príncipe es de hacia 1470), con los que contamos, lo mismo que las anatomías y tratados médicos de Gerardo de Cremona, de Alejandro Benedetti, de Andrés Vesalio y sobre todo, como era de suponer, de Nicolás Leoniceno, muestran señales ya no sólo de haber sido muy leídos, sino repetidamente estudiados; pero las muestran también de haber sido revisados con detención por los examinadores del Santo Oficio. Algo semejante ocurría con las obras de astrología o de cómputo, como se puede comprobar en los preciosos ejemplares del *Almanach perpetuum* del judío español Abraham Zacuth y en otras muestras de la sabiduría científica europea.

## EL OJO QUE TODO LO VE

El mecanismo usual de censura inquisitorial, una vez publicados los correspondientes índices (e *Índices de libros prohibidos* los ha habido hasta hace bien pocos años) era, aparte de la simple delación secreta por parte de profesores, alumnos, colegas o particulares, el control de las fronteras, para evitar la entrada en los reinos hispánicos de libros tenidos por peligrosos, y la visita sistemática de las bibliotecas. En mayo de 1523, el Consejo de la Inquisición pone en guardia a los inquisidores navarros frente a la entrada de libros luteranos por los puertos vizcaínos; dos años más tarde, la entrada de libros abortada tiene lugar en la costa del reino de Granada. Pero lo que más puede interesarnos es lo que sucedía con los libros que estaban ya depositados en las bibliotecas: la preocupación del Consejo de la Suprema era tal que se ordena la visita minuciosa de las librerías, de las bibliotecas e incluso de las casas particulares; está muy bien documentado el encargo de visita que Domingo de Soto y Francisco del Castillo hubieron de hacer a las librerías y bibliotecas dependientes de la universidad de Salamanca o relacionadas con ella. Deseo destacar en todo ello el factor sorpresa, tenido como el medio más eficaz para hacer una «visita» rentable. De hecho, en las bibliotecas, a partir de la publicación del índice de Valdés (1559) se hace de uso general el disponer de un mueble especial, cerrado para contener los libros prohibidos, tal como Carmona había señalado a Felipe II que debía hacerse: «En unas piezas irán los libros ordenados primero por facultades [...] y, dentro de cada facultad, por materias, [...] y en otra, los libros prohibidos por Roma»<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Para todo esto, vid. ídem, p. 291.

Pero no toda la atención inquisitorial se prestaba a las obras clásicas o científicas, porque entre las novedades editoriales, desde los años postreros del XV (y así se comprueba en el ya citado inventario de la librería de Giraldo del Sol) figura un porcentaje importante de literatura «de evasión» que debe llevarnos a la conclusión de que su presencia implicaba cierta demanda previa: el género mejor representado es el de la novela sentimental y de caballerías española, seguida de cerca por multitud de títulos de literatura de cordel y canciones con cifra. Pues bien, a todas ellas llegó, en algún momento, la tijera o la pluma de los revisores del Santo Oficio. Evidentemente se leía, y se anotaba a mano multitud de pensamientos, referencias y evocaciones; es de lamentar que incluso a estas anotaciones llegaran los censores y, muy especialmente, que no se haya hecho todavía un estudio histórico<sup>12</sup> pormenorizado de la lectura como actividad social.

<sup>12</sup> Al modo de los de CHARTIER, Roger, *Culture écrite et société. L'ordre des livres (XIVe-XVIIIe siècle)*, Paris, Albin Michel, 1996 o *Lectures et lecteurs dans la France de l'Ancien Régime*, Paris, Éditions du Seuil, 1987, etc. Contamos, a pesar de su tema puntual, con el trabajo de VARELA OROL, Concha - GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Martín, *Heterodoxos e malditos: lecturas prohibidas na Universidade de Santiago*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2002.